

Bolívar y Gómez

Pedro Pablo Paredes

Hay muchas maneras, naturalmente, de comprender nuestra patria. Una de ellas es apelar a la historia. La historia, al parecer, dizque es madre. Es posible. La historia, además, dizque es maestra, listo sí parece más convincente. Cada página de la historia, en mayor o en menor grado, es una lección irrefutable. En el caso de Venezuela, la lección resulta dramática, si referimos la historia sólo a la del solio. ¿Quiénes han pasado por tan significativo lugar?

Por tan significativo lugar, sin contar repeticiones, han pasado veintiocho (28) venezolanos hasta hoy. Es bueno pasarles lista, como lo hacemos, para comenzar la clase, en el aula. Ninguna lección más expresiva, ni más impresionante, ni más impactante como dicen los periodistas, ni más deprimente, ni más esclarecedora. Hemos tenido veintiocho presidentes. No los hemos tenido solamente. Los hemos padecido, que es mucho, pero mucho más verdadero. La nómina comienza con el doctor Cristóbal Mendoza y, hasta la presente, concluye con el actual Jefe del Estado. Nosotros, cada vez que nos hallamos de humor negro, le damos vueltas y más vueltas a esta nómina. La nómina, pues, nos deja, en todas las ocasiones, estupefactos. Nos deja en el aire. Sin saber qué hacernos. La Historia Patria no admite discusión. Está ahí como un espejo. Y punto.

Pues bien. Mirando y remirando la historia de la república, comprobamos, de pronto, que en medio de su desastre, nos ofrece a la meditación dos excepciones de eminencia indiscutible. Dos excepciones, entre los veintiocho Jefes de Estado, que se salen de lote. Dos no más.

La primera excepción que decimos es Simón Bolívar. La Historia Patria nos repite, desde la primaria ya tan lejana, que nació en Caracas el 24 de julio de 1783. Y que se formó en la ciudad natal, en Madrid y en París. Y que se encontró, de manos a boca, con su destino, en Roma al no más comenzar el siglo XIX. Y que entró en la historia por Cartagena el año 1812. Y que entró en la gloria en Mérida el año siguiente al recibir la nominación autómastica de Libertador. Y que, como dijo Martí, "murió pobre y dejó una familia de pueblos" el 17 de diciembre de 1830.

Lo verdaderamente grande del Libertador, que fue el segundo Presidente de Venezuela, está en que fue, según Rodó, tan grande en el pensamiento como en la acción. Grande en el pensamiento por cuanto resumió la cultura de su tiempo; y por cuanto expresó dicha cultura con insuperable estilo. No era para menos. Bolívar, sobre inteligente de nación, fue muy bien formado. Y grande en la acción por cuanto, como sentaba Ortega y Gasset, supo integrarse épicamente a su circunstancia. En veinte (20) años de acción, como quien dice nada, nos llegó la independencia. Partió la historia de la república en dos porciones. La patria fue de un modo antes de él; después de él fue otro. Su acción, casi casi, vale por una revolución.

La segunda excepción, como solemos decir a veces, se sale del mapa. Aparece tres cuartos de siglo después que la ya precisada. No nace, claro está, en la Capital de la república. Nace, por decisión de los dioses, en un apartado rincón de la misma república. Nace en La Mulera, aquí en el Táchira. Nos referimos a Juan Vicente Gómez. Un hombre que, sin presentir lo que le reservaba el destino, se formó, mal que bien, entre San Cristóbal, San Antonio y Cúcuta. Se formó, para decirlo por todo el cañón, en el trabajo rural. Pero, eso sí, lo salvó para la gloria y el recuerdo de todos los venezolanos, su inteligencia natural. Gómez, como dice el dicho, no sabía leer mayor cosa. Ni falta que le hacía eso. Pero le escribían que daba miedo. Con estas pobres armas, pues, se metió en el bolsillo a todo el mundo. Sin dársele nada. Sin pensarlo dos veces. Sin un solo suspiro. De esta manera, y por pura coincidencia increíble y casi misteriosa, también fue grande en el pensamiento, y también fue grande en la acción. Tenía, por fuerza del destino, que serlo. Veamos. También nació un 24 de Julio, pero de 1857. Y también murió un 17 de Diciembre, pero de 1935.

Gómez, pues, fue grande en el pensamiento por cuanto su pensamiento, que solo puso en limpio mediante la acción, no tuvo sino una sola, recta, precisa, absoluta e implacable finalidad. La de poner a la patria en el umbral del Siglo XX. Para lograrlo su acción no pudo ser más grande. Abatió, en dos o tres campañas cabales, el caudillaje venezolano tradicional. Metió el país en cintura, durante veintisiete (27) años y por si quedaban dudas al respecto, a todos los venezolanos. Murió prematuramente, puesto que ha debido prolongarse en el solio siquiera medio siglo más, pero dejó la patria respirando el aire del nuevo siglo. ¿Quién más bolivariano ni más venezolano que Gómez?. Su acción política, como la del Libertador, equivale, casi casi, a una revolución.

Los imitadores de Bolívar, todos figuras caricaturescas, llegaron hasta Gómez. Los imitadores de Gómez, sin la grandeza suya, no son ya más inmediatos. Ninguno ha llegado a la altura del Libertador. Ninguno ha llegado a la altura del Benemérito.